

PERO NO ME FUI Y ME HE QUEDADO

Pero no me fui y me he quedado.
Entonces veía las horas del abandono que se daba
en la ciudad cuando el primer escalofrío de marzo
volvía a las historias de las fumantes chacras
y a sus largos caminos de ceniza bajo el sol.

Mucho tiempo fue pasando entre ornamentos y delirios.
Aquí y allá los desechos de un mundo que probé
temerariamente como un esquizofrénico caballo de la noche
en busca de la sombra que lo espanta.
Las bocas en las calles siguieron con sus loas
y volvieron las lluvias a fertilizar la tierra,
los campos refulgieron de semillas
y los caminos de ese polvo gris
que surte tenues escozores en los miembros.

Pero no me fui y me he quedado.
Pasó la muerte y la sentí perversa ante los túmulos,
el corazón declinó su ansiedad de dichas
y reviví temblores de palabras
medrando por los fáciles dones prometidos.
Y un día de tristeza, las voces de antes
fueron un helor inútil cuando nominaban
tardes con sol y achiras palustres
en las borrascosas lejanías del campo.

Pero no me fui y me he quedado;
lo vi todo tan claro, los adolescentes entrando
en sus días; ellos que se amaban,
las acacias que volvieron a esparcir su polen
y la abeja de los montes sobre la celeste fragancia
del romero. Entonces me dí cuenta
de cómo estaba abandonado
y de lo poco que importa que a nadie sean necesarias
ninguna de mis voces.

Pero no me fui y me he quedado,
y cuando estoy solo como siempre y nadie viene
y me dejan delirar por la casa abierta,
por el sol mustio de mi patio
entre la hojarasca de las frondas que se fueron,
nada puede quitarme ya la certeza
de esta edad en destrucción.

Lermo Rafael Baldi